

este respecto, no deberían pasarse por alto sus palabras sobre la *Raquel* y la interpretación, errada para Busquets, de que se trata de una obra neoclásica en la forma y conservadora en el contenido (pág. 142); su lúcida reflexión, nada acomodaticia, acerca de la proliferación de tragedias grecizantes en nuestro Setecientos (pág. 204); su lectura del desapercibido y nada timorato progresismo del teatro neoclásico (pág. 139); o sus encendidas páginas sobre la figuración de la mujer en el drama burgués (págs. 134-138), entre un rico etcétera. Este volver sobre lo pensado, que ya hemos dicho que singulariza este libro, se sirve igualmente de un profundo buceo en las desapercibidas fuentes de la *Polixena* de José Marchena hasta ver en él no al «autor revolucionario y subversivo» que ha fraguado la «obediencia a una historiografía reaccionaria», sino de ideas «en realidad moderadas». Saliéndonos brevemente del teatro neoclásico, pero en diálogo con él, es de destacar cómo los estudios incluidos sobre Rojas Zorrilla y Tamayo y Baus ejemplifican precisamente cómo un argumento pretendidamente rayano en lo revolucionario puede sin embargo responder a una moral y cosmovisión reaccionaria del orden social.

No sería justo acabar estas líneas sin encarecer la encomiable profusión de datos con que Busquets aquilata sus lecturas, haciendo gala, para ello, de un minucioso conocimiento contextual (histórico, político, social y sobremanera literario) del Neoclasicismo europeo, en consonancia con la apertura de enfoques que reivindica. De lo más político y general a los pequeños detalles exactos relativos, por caso, al modelo de acentuación de un verso (pág. 238), todo puede ser susceptible de nutrir el proceso de interpretación literaria, plural por definición. Este libro es sin duda una ejemplar demostración de todo ello.

RODRIGO OLAY VALDÉS



Jesús CAÑAS MURILLO, Miguel Ángel LAMA y José ROSO DÍAZ (eds.), *Vicente García de la Huerta y su obra (1734- 1787)*, Madrid, Visor Libros, 2015, 618 páginas con ilustraciones.

Con este libro los editores, junto a un puñado de buenos dieciochistas, han conseguido algo difícil: cambiar la imagen y la percepción que tradicionalmente se tiene de un autor, en este caso de Vicente García de la Huerta. Su retrato habitual lo pintaba como responsable de la tragedia *Raquel*, amante de Margarita

Hickey y desterrado por su participación en el motín contra Esquilache. Emilio Cotarelo y Mori dejó un interesante y primer esbozo del personaje en *Iriarte y su época* a finales del siglo XIX, que más tarde ampliaron Philip Deacon, Miguel Ángel Lama y Juan Antonio Ríos Carratalá.

Vicente de la Huerta y su obra recupera patrimonio cultural, es decir, recupera la producción olvidada del autor extremeño, de modo que además de como poeta (Antonio Rivero Machina y M.^a José Rodríguez Sánchez de León), dramaturgo y crítico teatral (Malén Álvarez Franco, Piedad Bolaños, Rosalía Fernández Cabezón y Alberto Romero Ferrer), conocemos el García de la Huerta polemista (Fernando Durán López y Franco Quinziano), traductor y erudito (Jesús Cañas Murillo, Francisco Javier Grande Queijigo, Ismael López Martín, Abraham Madroñal, José Roso Díaz), facetas menos frecuentadas por los estudiosos. En este último aspecto se ha insistido mucho en el proyecto editorial de los *Retratos de los reyes de España*, en el que Huerta participó por encargo de la Real Academia de la Historia. Este proyecto pretendía hacer una historia de España desde sus monarcas primeros, desde Atanarico, hasta el tiempo de Carlos III, especie de galería que se recuperó varias veces a lo largo del siglo y del XIX, tanto en forma literaria como gráfica. Es indudable que formaba parte de los intentos que a lo largo del siglo buscaban dar continuidad a los Borbones con las dinastías anteriores para crear un relato histórico unificado.

En su largo estudio, Cañas Murillo expone los problemas editoriales de la serie de retratos, sus implicaciones, la participación de García de la Huerta y la de Joaquín Ezquerro, redactor del *Memorial Literario* que le sustituyó al morir el primero, así como la polémica recepción de la obra, que contó con apoyo oficial pero también privado, que conocemos gracias a la lista de suscriptores, muchos cercanos al discurso oficial: el conde de Floridablanca, el marqués de Santa Cruz, el duque de Híjar, la condesa de Murillo, la marquesa de Campo Alange, Campomanes, Llaguno, Jovellanos, Rejón de Silva, Valladares de Sotomayor y muchos otros, con una notable presencia femenina, integran estos listados, que, como se sabe, son de gran interés y aprovechamiento para diferentes estudios y para ver la vinculación y el apoyo que famosos y no famosos daban a iniciativas culturales, fueran o no gubernamentales. Lo que a su vez es un instrumento para comprobar la penetración de la cultura en las diferentes capas sociales.

Otra novedad, en ese ámbito erudito, es el trabajo de José Roso sobre la *Biblioteca militar española*, otra de las producciones de Huerta que apenas había recibido atención, pero que era un asunto de enorme importancia en la España ilustrada, en realidad, en toda Europa. La obra de García de la Huerta, publicada en 1760, es la primera bibliografía sobre la materia en España, a la que precede un estudio sobre la utilidad del arte de la guerra, la necesidad de for-

mar correctamente a los soldados y sobre conocimientos en armas, maniobras, técnicos, tácticos, etc. De hecho, el autor se ocupa de este asunto porque lo ve abandonado incluso de aquellos que deberían ser los más interesados. García de la Huerta se hacía eco de la atención que el arte de la guerra comenzó a tener en la segunda mitad del XVIII, con importantes trabajos, como el que se le dedica en la *Enciclopedia*, y a la vez parece clara la vinculación del autor al proyecto reformista de Carlos III en lo que se refiere al ejército.

Junto a los aspectos señalados, completan el libro otros relativos al canon (José Checa Beltrán), a Huerta como censor (Elena de Lorenzo Álvarez), al peso de la tradición clásica en el autor (Luis Merino Jerez), a su ortografía (Antonio Salvador Plans) y a la fama póstuma de Huerta, aspecto a menudo desatendido, del que se ocupa Miguel Ángel Lama, y que tiene mucho interés pues no solo nos da información sobre cómo era percibido un autor en su tiempo, sino que esos elogios fúnebres a menudo determinan la interpretación y la imagen que tendrá el escritor en las historias literarias por mucho tiempo. En este sentido, el autor extremeño, como tantos otros en la época, estuvo preocupado por dejar su propio retrato y así redactó su esquema biográfico, que René Andioc calificó de «autobiografía favorable», tendencia de época, forma de consolidar la República Literaria e intento de dejar para la posteridad una imagen controlada.

El libro da cuenta de una figura en muchos aspectos hija de su época, con intereses variados y capacidades para desenvolverse en ámbitos distintos, así como para influir sobre su entorno. El volumen, finalmente, revisa asuntos conocidos y obras ya estudiadas, ofreciendo nuevas lecturas, además de descubrir territorios nuevos o poco transitados de su bibliografía, de modo que el lector alcanza un mejor conocimiento del autor extremeño. El conjunto ofrece una verdadera revisión y relectura del autor.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS



Fernando DURÁN LÓPEZ (ed.), *Instituciones censoras: nuevos acercamientos a la censura de libros en la España de la Ilustración*, Madrid, CSIC, 2016, 267 págs.

Hacía tiempo que no se dedicaba un libro al estudio de la censura. Este aparece tras el último hito en estas investigaciones, el trabajo de Esteban Conde Naranjo